



31 DE AGOSTO

8 DE SEPTIEMBRE

Aquella mañana llovía sin cesar.

San Sebastián se hallaba envuelto en una tonalidad gris: justamente se veían los detalles de la muralla, el dibujo de las torres y la silueta del castillo de la Mota.

El Cantábrico presenta ese verde emeraude que produce el movimiento del mar en los días fluviales.

Las baterías inglesas y portuguesas disparan con furor desde los arenales de Ulía contra la muralla del lado de Amézqueta, y los cañones del Castillo y de los Cubos y de los baluartes contestan con firmeza.

Las fuerzas inglesas aliadas van creciéndose conforme adelanta la mañana al frente del combate.

Las franceses aguantan con alma dentro de la muralla.

Un jefe inglés se acerca hasta el Cubo de Amézqueta, pero los franceses descargan de repente sobre él una línea de tiros desde un lienzo de trinchera. El inglés cae redondo, sin vida.

El muerto resulta el insigne ingeniero inglés sir Flechter, una de las personalidades más notables, la mano derecha de lord Wellington.

El epitafio de Flechter puede leerse todavía en una peña del Castillo.

El combate va tomando cuerpo de momento en momento. El asunto se desarrolla con vigor.

Los tres ejércitos se están matando: el francés, el inglés y el portugués.

Los donostiarras se hallan en el centro. ¡Pobre Donostiya!

Los donostiarras no cuentan ni con una mala escopeta, con nada, no hay armas.

A la entrada de los soldados de Napoleón, el Descado Fernando ordenó que «San Sebastián no presentara resistencia.....!»

En San Sebastián manda el francés.

Llegó el instante en que la fatiga llega á su límite, todo está bajo las garras de la muerte.

El polvorín del cubo de Amézqueta explota y el estampido aterra horrorosamente.

Las mujeres, las criaturas, los hombres, la ciudad donostiarra sufre, sufre todo: las criaturas se agarran á las madres, las mujeres á los hombres, á los hombres que no cuentan armas, y el anciano enfermo, que no puede moverse, reza ante la muerte miserable que llega por momentos.

Por fin en la muralla se ha abierto un boquete á fuerza de los proyectiles; las fuerzas aliadas han conseguido abrir brecha, y las tropas entran en la ciudad disparando sus fusiles á diestra y siniestra...

Los franceses á todo correr se dirigen á las faldas del monte Urgull, por la calle Mayor; ¡qué de horrores y qué crueldad en el atrio de Santa María!

Ambas fuerzas se encuentran; los franceses é ingleses se baten, se matan....

Llega el atardecer y la muerte va en aumento, y llega el incendio y se aproxima la noche, y la muy noble y muy leal ciudad de San Sebastián arde en pompa, el fuego todo lo invade, y como cantó el poeta

«¡Con tus propios incendios te iluminas!»

Y el recuerdo de aquella noche llevan los donostiarros en el corazón.....!

San Sebastián no murió para siempre aquel día, porque los donostiarros supervivientes gritaron con todo el alma: «¡San Sebastián; no, no morirás! ¡Jamás lo permitiremos!»

La población de ayer sucumbe bajo una fuerza salvaje, pero al poco tiempo resurge hermoseedada merced al acendrado patriotismo de sus hijos.....

F. LÓPEZ-ALÉN.

*
* * *

A las once de la mañana se celebró en la iglesia de Santa María, solemne Misa de Requiem en sufragio de las almas de cuantos perecieron en el incendio que en la infausta noche del 31 de Agosto de 1813 destruyó nuestra ciudad.

A este acto religioso asistió el Ayuntamiento en Corporación, presbido por el Gobernador civil.

La comitiva oficial salió de la Casa Consistorial minutos antes de las diez de la mañana, precedida de maceros con dalmáticas negras, clarines y atabaleros, y recorrió las calles de San Vicente y 31 de Agosto, dirigiéndose á la iglesia parroquial de Santa María.

Ofició el señor Cura párraco, cantándose magistralmente la Misa de Requiem del Abate Perosi.

A continuación ocupó la Sagrada cátedra el coadjutor doctor don Francisco Yurrita, pronunciando una expresiva oración fúnebre, haciendo historia detallada de aquella triste jornada.

Como consecuencia de ella, condenó con gran energía la guerra, haciendo ver sus horrores, enalteciendo en cambio la paz que hace á los hombres hermanos y es base y prosperidad de los pueblos.

En párrafos brillantísimos cantó las excelencias de nuestra querida ciudad que en menos de un siglo ha llegado á colocarse á la altura de las mejores poblaciones del mundo, siendo la admiración de propios y extraños.

Ensalzó las grandes virtudes de nuestros antepasados heroicos que aun humeantes los escombros tuvieron valor para acordar la reedificación.

Finalmente dió las gracias á los vecinos de San Sebastián por las honras fúnebres que todos los años celebran en sufragio de aquellas almas, que es el mejor recuerdo, y llamándoles dignos descendientes de aquellos mártires.

Acudimos los donostiarros al templo llenos de recuerdos y elevamos una oración por los donostiarros de 1813.



8 DE SEPTIEMBRE

EN ZUBIETA

Celebróse con animación en la vecina villa de Zubieta la fiesta en conmemoración de aquella inolvidable fecha en que, humeante la ciudad, reuniéronse en Zubieta aquellos valerosos donostiarros, pocos en número pero grandes en energía y actividad, acordando proceder á su reconstrucción sobre los cimientos destruídos por la acción del voraz incendio.

Asistieron á la fiesta el alcalde Sr. marqués de Roca-Verde y los concejales de esta ciudad.

Las personas que constituían la comitiva salieron de la plaza de la Alameda en carruajes, á las ocho y media de la mañana, y se dirigieron á Zubieta, en donde fueron recibidos por las autoridades de aquella localidad.

Inmediatamente se encaminaron en procesión á la iglesia, en don-